

Les intellectuels, la nation et la démocratie au Brésil

Intellectuals; the nation and democracy in Brazil

XIntelectuais, nação e democracia no Brasil

Daniel Pécaut**

École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris France

Alberto Valencia Gutiérrez(Traductor)***

Universidad del Valle, Cali, Colombia

¿Cómo citar?: Pécaut, D. (2025). Los intelectuales, la nación y la democracia en Brasil (Valencia, A, Trad.). *Revista Colombiana de Sociología*, 48(1), 387-402.

DOI: <https://doi.org/10.15446/rsc.v48n1.120758>

Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 2.5.

* Capítulo del libro *Entre le Peuple et la Nation, les intellectuels et la politique au Brésil*, de Daniel Pécaut (1989). Éditions de la Maison des sciences de l'homme.

** Sociólogo y Doctor en sociología de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Profesor retirado de la misma universidad.

Correo electrónico: daniel.pecaut@chess.fr

*** Doctor en Economía Aplicada por la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Profesor Titular del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle en Cali, Colombia. Integrante del grupo de investigación Sociedad, Historia y Cultura.

Correo electrónico: alberto.valencia@correounivalle.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6083-6676>

A lo largo del siglo xx, los intelectuales brasileños casi nunca pusieron en duda su condición de portadores de una vocación específica para tomar a su cargo la construcción de la Nación. Una vocación que no responde a la preocupación por encontrar una satisfacción individual desprendiéndose de su antigua condición social para alinearse con las “clases fundamentales”, ni al propósito de satisfacer algún imperativo moral asumiendo los valores de la justicia. Se trata más bien de una vocación colectiva relacionada con la idea de que la condición de intelectual es inseparable de la competencia para descifrar la “realidad brasileña” y conocer las leyes de su evolución histórica. Que las ciencias sociales, con la sociología a la cabeza, sean invocadas de manera permanente hasta el punto de ser presentadas en los años 1920 por el escritor Mario de Andrade (no sin algún humor) como “el arte de salvar a Brasil” traduce el hecho de que éstas son al mismo tiempo saber sobre esta realidad y sus leyes, y condición para la “conformación” de lo social”. No hay intelectual que no sea sociólogo en alguna medida, lo que es una manera de afirmar, al mismo tiempo, que no hay cultura que no se encuentre de entrada comprometida con lo político.

Deducir de allí que los intelectuales brasileños comparten, en una misma coyuntura, las mismas adhesiones políticas y que, de una coyuntura a otra, conservan las mismas concepciones de la acción política, sería particularmente apresurado. Las divisiones son numerosas y no se podrían subestimar los matices, las oposiciones que los separan, ni la presencia de ciertas corrientes más o menos liberales, por ejemplo, en los años 1930-1940 cuando predominaban las visiones autoritarias del orden social.

Por lo demás, entre 1930 y 1950-1960, los paradigmas político-culturales parecen invertirse. En 1930, prevalece la convicción de que ya existe potencialmente una *Nación*, pero aún no existe *Pueblo*. En 1950-1960 se difunde la certidumbre de que el *Pueblo* se ha convertido en el verdadero sujeto político y que la sustancia política de la nación es precisamente la que ésta logra extraer del *Pueblo*.

Es conveniente resaltar desde el comienzo estas diferencias de sensibilidad y estos replanteamientos conceptuales. Aun así, una pregunta sigue vigente: ¿en qué medida la vocación de asumir la función de arquitectos de la Nación no engendra una matriz de pensamiento común, más importante que los contenidos diversos que vehicula? La primacía otorgada al tema de la *Unidad nacional*, la búsqueda de una “organización” de lo social, la adhesión a los esquemas evolucionistas que implican una promesa de acceso a la modernidad, son precisamente algunos de sus componentes. Esta configuración deja poco lugar a la idea democrática. Al proclamar la fusión del saber, de la cultura y de lo político, los intelectuales excluyen, además, la indeterminación inherente a la institución democrática.

Analizar la formación de esta matriz de pensamiento durante los años 1925-1935, mostrar su permanencia durante los años 1955-1964,

bajo las apariencias de una afirmación revolucionaria, es el primer propósito de este artículo. No se trata solamente de atenerse al juego de las representaciones de lo político. Se trata también de considerar las relaciones que los intelectuales mantienen con el Estado: estas representaciones sólo son inteligibles si se tiene en cuenta el lugar desde el cual son formuladas.

Es indudable que, confrontados poco después con un régimen militar que duró más de veinte años, los intelectuales son conducidos progresivamente a reevaluar la idea democrática. Describir la manera como se llevó a cabo este realineamiento, sugerir que éste no elimina por ello todos los rastros de las antiguas concepciones de lo político, es el segundo propósito de estas páginas.

La generación de los años 1920-1940

Alrededor de 1920 la mayor parte de los ensayistas y novelistas brasileños comparten al menos tres impresiones. En primer lugar la desilusión con respecto a la República, cuya instalación habían acogido con beneplácito en 1889, pero que en el momento presente había caído bajo el dominio de oligarquías regionales y nuevos ricos. Pertenecientes a menudo a grandes familias decadentes, deploran el “triunfo de las imbecilidades” y de la mezquindad de las transacciones políticas (da cunha, 1902). En segundo lugar, la convicción de que para “salvar a Brasil” es conveniente volver a empezar desde cero y forjar una Nación dotada de una identidad propia. Finalmente, la creencia de que ellos tienen a este respecto una responsabilidad particular porque sus intereses son los de la nación y, por consiguiente, una vocación, en tanto que *intelligentsia* (término que aparece de manera permanente bajo su pluma), de asumir el rol de élite dirigente. Las élites administrativas del Imperio les sirven de ejemplo) de Carvalho, 1980).

La Semana de Arte Moderno de Sao Paulo en 1922¹, los movimientos de renovación pedagógica y, después de 1930, la fundación de diversas universidades², la renovación del catolicismo, la creación de líneas nacionalistas, el surgimiento de corrientes de izquierda o de derecha orientadas a transformar la sociedad, son unas cuantas manifestaciones de la efervescencia político-cultural que se apodera en ese momento de los intelectuales. El “realismo”, que se convierte en la palabra clave, significa el rechazo de las teorías y de las instituciones importadas de Europa que, instaladas artificialmente en Brasil, impiden discernir sus especificidades e implica también la decisión de volverse resueltamente

1. Encuentro célebre de artistas que se reclaman tanto de la contemporaneidad con las vanguardias europeas como de la voluntad de explorar los fundamentos de la nacionalidad brasileña; sus participantes tuvieron después compromisos políticos muy claros.
2. La primera gran Universidad fue la de São Paulo, fundada en 1934. A finales del siglo XIX los positivistas de diversas obediencias se opusieron a la creación de universidades oficiales.

hacia la “realidad nacional”.

La ambivalencia realista

De hecho, nada es más ambivalente que este realismo, que conduce ciertamente a exaltar los indicadores que parecen probar que ya existe una nación subyacente, pero que se traduce también en una duda profunda sobre la aptitud del “Pueblo” para suministrar el fundamento político de esta misma nación.

Numerosos son los trabajos que se consagran a demostrar que, más allá de la apariencia de caos, una nación se encuentra en gestación. Las descripciones de Gilberto Freyre, relacionadas con las solidaridades entre amos y esclavos resultado de intercambios sexuales (Freyre, 1978); las de Sergio Buarque de Holanda que erigen la “cordialidad” en modalidad central de las relaciones interpersonales (1936); incluso las de Mario de Andrade sobre las manera de ser y de hacer populares, se proponen precisamente contribuir al esclarecimiento de las formas del vínculo social y de la cultura que, inscritas en el plano de lo real, son un testimonio de que sí existe un tejido social organizado. Estas descripciones remiten a una lectura espontáneamente holista de lo social ya que la insistencia en todo lo que contribuye a la construcción del vínculo social se orienta a retirar cualquier tipo de significación al individuo aislado; igualmente el acento puesto en la afectividad y en la complementariedad entre el inferior y el superior es una manera de hacer referencia a una totalidad orgánica en la cual se inscribe cada segmento de la sociedad.

En caso de que estos elementos se demuestren insuficientes, los intelectuales usan dos ingredientes adicionales para ganar la adhesión: el mito y la ciencia. Los “orígenes Tupi” de Brasil sirven de mito fundador para testimoniar que la unidad brasileña se encuentra desde siempre presente: si bien algunos los mencionan con el ánimo de hacer una provocación estética, otros hacen de ellos la base de las elaboraciones nacionalistas que se encuentran en el Integralismo, avatar brasileño del fascismo³. Los préstamos a las diversas ciencias biológicas y evolucionistas de la tradición positivista comtiana los conduce a tener en cuenta los “determinismos cósmicos, étnicos, sociales y religiosas” (del Picchia, *et al.*, p. 2), pero también a escudriñar en el movimiento escondido de lo real la promesa de un impulso ininterrumpido hacia la unidad.

Sin embargo, estos análisis se doblan de manera permanente en otra lectura de lo real. Los actores influenciados por el neodarwinismo ven también en estos determinismos un obstáculo en el camino de la consolidación de la nación. Oliveira Viana enumera por esta vía los factores raciales como otros tantos hándicaps para Brasil. Incluso los que no se suscriben a doctrinas de este género observan que la población brasileña no es aún un Pueblo capaz de voluntad propia y de obrar como

3. La corriente llamada “Verde-amarelo” (verde y amarillo, los colores de la bandera brasileña) que representa la derecha salida del movimiento modernista.

sujeto político de la Nación ya que, amorfa y heteróclita, ésta sólo puede entrar en la era de la civilización por la intervención de las élites. “Civilizar desde arriba”, de acuerdo con la expresión de Octavio de Fariás⁴; llevar a cabo una labor de “evangelización” según la fórmula de Plinio Salgado⁵, es precisamente el deber de las élites intelectuales para cambiar este Pueblo en bruto en un Pueblo-nación.

Desde entonces el realismo obliga igualmente a renunciar a las ficciones de la “democracia liberal”. El antiliberalismo prevalece en toda la “*intelligentsia*”, más allá de sus divergencias. Incluso demócratas paulistas como Fernando de Azevedo ponen en causa el “igualitarismo de la modernidad” y preconizan la ruptura con “un liberalismo sin disciplina”⁶. Pero los que logran mayor visibilidad son precisamente los pensadores que establecen que sólo un Estado autoritario está en condiciones de “conformar” lo social y de crear un Pueblo.

Existen varias versiones de esta “ideología del Estado” (LAmounier, 1977). Algunas ilustran la permanencia de una tradición positivista: a través del Estado una política “objetiva”, “técnica”, es la que debe instaurarse para “organizar” la sociedad sobre bases corporativistas. Otras manifiestan la influencia de la reacción católica: la intervención del Estado sólo es válida en la medida en que se apoye sobre la espiritualidad latente de las masas populares y sobre los tres “grupos naturales” en el seno de los cuales se expresa: la familia, la profesión, la comunidad local. En todos los casos; sin embargo, parece que una nación sólo puede tomar consistencia a través del Estado.

La ambivalencia realista desemboca así en una ambivalencia con respecto a lo político mismo. Los temas de la “organización” de la “política científica”, de la regulación corporativista de las relaciones sociales, va más lejos que la simple denuncia del liberalismo. Y conducen a querer borrar toda modalidad de incertidumbre en favor de un dominio radical de lo social. No hay lugar ni para las divisiones de la sociedad ni para los mecanismos de representación. Todo proviene de arriba comenzando por la Nación. Ciertamente todo está en relación con lo político: la cultura y el saber, dado que se encuentran al servicio en la construcción nacional; son, de un extremo al otro, políticos. Pero esta omnipresencia de lo político va a la par con la denegación de la dimensión propia de lo político, si es verdad que esta última comporta el reconocimiento de que la unidad de la sociedad nunca puede ser “real”.

A través de sus investigaciones sobre las particularidades del vínculo social y de sus representaciones de lo político, los intelectuales sacan el mejor partido. En nombre del sentimiento nacional y de la ciencia exhiben los títulos que los habilitan para ser los intérpretes de la sociedad y los

4. Ensayista simpatizante durante un breve período con el Integralismo.

5. Ensayista y poeta, jefe del movimiento integralista.

6. Uno de los impulsores del movimiento de renovación pedagógica, ligado a la fundación de la Universidad de São Paulo.

consejeros del Príncipe; con la revolución de 1930, las circunstancias se vuelven favorables para ponerlos en práctica.

Los intelectuales y el poder

Sin embargo, sería inexacto sostener que todos dan muestra de alinearse en el régimen creado por Getulio Vargas. Para muchos eso no importa. Casi todos temen al comienzo que se oriente hacia el liberalismo. Frente a las medidas centralizadoras, el Estado de São Paulo se subleva en 1932 y los intelectuales paulistas, en su gran mayoría, se mantienen al margen de la política del gobierno central.

El prestigio de la nueva Universidad de São Paulo, con sus jerarquías institucionales y la influencia de científicos internacionales, contribuye por lo demás a instaurar una distancia entre el campo intelectual y la política y, por consiguiente, a marginar a los paulistas con respecto a los grandes debates sobre la organización de Brasil. Por lo demás, el movimiento integralista, que conoce un crecimiento asombroso a partir de 1932, hasta el punto de reivindicar en 1936 más de un millón de adherentes -único ejemplo en América Latina, con el sinarquismo mexicano, de una organización de masas que se reclama del fascismo- atrae a numerosos intelectuales de renombre como los que, alrededor de Plinio Salgado, forman el núcleo dirigente; o bien a anónimos como muchos de los cuadros medios de los centros rurales o provinciales; y seduce en particular a los medios católicos: incluso si se mantiene durante largo tiempo en la proximidad del poder getulista, no se confunde jamás con él hasta ser finalmente disuelto por el gobierno en 1938. Y no se podría ignorar la presencia de intelectuales en los rangos del Partido Comunista, sobre todo a partir de 1938-1940.

Sin embargo, otros intelectuales ocupan posiciones importantes en el régimen y contribuyen después de 1934 a su evolución hacia formas cada vez más autoritarias, consagradas en 1937 con la proclamación del *Estado Novo*, inspirado por los Estados corporativistas europeos: Francisco Campos juega un rol decisivo en los cambios constitucionales, Azevedo Amaral se convierte en propagandista de una intervención del Estado en el dominio económico, Oliveira Viana en el teórico del corporativismo y se podría alargar la lista.

Lo más importante se encuentra, sin embargo, en otro lugar. El régimen getulista retoma por su cuenta las representaciones de lo social y de lo político elaborados anteriormente por los intelectuales; coopta muchos de los más prestigiosos incluso si no se suscriben enteramente a sus designios; neutraliza las clases populares y crea de esta manera las condiciones para que los intelectuales se configuren como una categoría social que ocupa, con relación a la sociedad, una posición homóloga a la del Estado.

Las orientaciones del getulismo lejos están de reducirse únicamente a la influencia de los intelectuales. Hay que tener en cuenta que Getulio

Vargas en persona es el heredero de la historia política de Río Grande do Sul, del que fue gobernador y que, desde 1890, toma prestado del positivismo la idea de “dictadura republicana”, el rechazo del individualismo y del liberalismo, la pretensión a un gobierno técnico, nociones todas puestas al servicio de un poder enérgico. Esto no impide que, al retomar de manera pragmática estos temas directrices desde el gobierno general, al diseñar una legislación social destinada a traducir la “complementariedad del trabajo y del capital”, al otorgar prioridad a la “organización técnica” de la sociedad por el Estado, Getulio Vargas ponga en marcha una concepción de la acción política similar a la preconizada durante los años anteriores por muchas corrientes intelectuales. *A fortiori* de eso se trata cuando atribuye al Estado la tarea de engendrar la Nación.

La cooperación de los intelectuales responde sin duda a la fuerza de las relaciones interpersonales. En pleno *Estado Novo*, el director del gabinete del Ministro de la Educación, Gustavo Capanema, no es otro que el poeta Carlos Drummond de Andrade, quien compone en ese momento muchos de sus poemas políticos revolucionarios y se va a convertir en un compañero de ruta del Partido Comunista. Pero la cooptación es también el producto de un esfuerzo deliberado para atraer a muchos creadores de todas las tendencias. Alrededor de Capanema son muchos los que van a gravitar. En 1939 fue fundado un “Departamento de Prensa y de Propaganda” que publica diversas revistas. En una de ellas, *Cultura Política*, se encuentran las firmas de escritores como Gilberto Freyre, Graciliano Ramos (que vive por ello la experiencia de ir a la prisión) o de Nelson Weneck Sodré, un militar que se convierte al poco tiempo en uno de los ideólogos del Partido Comunista. El régimen, por lo demás, pone en el primer plano de sus preocupaciones la conformación de una “cultura nacional” y es el primero en proclamar que “cultura” y “política” son indisolubles. Almir de Andrade, director de *Cultura Política*, escribe por su parte que “la cultura pone la política en contacto con la vida” y “la política recoge de la cultura (...) un contenido socialmente útil”. Esto quiere decir que este Estado, que además censura y reprime, reconoce la función de los intelectuales en la construcción de la “nacionalidad”; y los intelectuales, a menudo opuestos al *Estado Novo*, están dispuestos a pesar de todo a responder a los adelantos del Estado.

A la sombra del Estado autoritario la visibilidad de los intelectuales se va acentuando de esta manera. El control corporativista que se ejerce sobre las clases populares les permite, con respecto a los militares y a las élites administrativas, poder hablar en nombre de la Nación sin necesidad de mendigar algún mandato. Que colaboren, sobre una forma u otra, con las ambiciones culturales del Estado o que se le opongan, los intelectuales pueden sin dificultad instalarse por encima de la sociedad al igual que el Estado. Sus divergencias políticas pesan muy poco frente a esta situación política. La paradoja es que al final del *Estado Novo* los getulistas, los antiguos integralistas, los comunistas, se encuentran ante una idéntica

certidumbre: los adelantos del Estado sólo se pueden llevar a cabo “desde arriba”, confiando al Estado el poder de proseguir en la consolidación de la Nación y de asumir la representación política del Pueblo. Los “liberales”, por su parte, que podían reorientar sus puntos de vista a partir de 1943, se cuidan de poner en cuestión el edificio corporativista como si la democracia sólo pudiera funcionar manteniendo bajo tutela a las clases populares.

La aspiración a la unidad nacional es siempre el requisito previo de cualquier tipo de concepción de lo político. Durante este período, los intelectuales brasileños recibieron confirmación de que tenían vocación para tomar a cargo su “realización”.

La generación de los años 1954-1964

La gran mayoría de los intelectuales saluda el regreso a la democracia en 1945. Getulio Vargas parece tener, por lo tanto, buenas posibilidades de ser elegido en las elecciones presidenciales de 1946. Pero los militares toman la delantera al derrocar en octubre de 1945 al fundador del *Estado Novo*. Prohibidos desde 1937, los partidos políticos recuperan sus derechos ciudadanos. Múltiples intelectuales se afilian en ese momento al Partido Comunista que, en 1945 y en 1947, obtiene alrededor del 10% de los sufragios, a diversos partidos socialistas. Sin embargo, la estructura corporativista del *Estado Novo* permanece intacta. Los dos principales partidos que, de 1946 a 1964 dominan la escena política, fueron organizados en su totalidad por Getulio Vargas en 1945 y están estrechamente articulados con el Estado. La influencia del Partido Comunista, en ese mismo momento, se debe ampliamente al hecho de que sus líderes, en prisión a menudo todavía, se pronunciaron por la candidatura del antiguo dictador⁷. En 1950, sale vencedor en la nueva elección presidencial. A partir de 1952 se convierte en el heredero de los intereses nacionales de Brasil y no duda en enfrentarse a Estados Unidos. Su suicidio en 1954, cuya responsabilidad atribuye en una carta testamentaria a la presión de las fuerzas extranjeras, le confiere la aureola de mártir de la causa nacionalista. Un nuevo período se abre, instalado por completo bajo el signo del nacionalismo y del antiimperialismo.

El equilibrio del mundo intelectual se desplaza profundamente hacia la izquierda. Los comunistas, que combatieron vigorosamente a Vargas de 1950 a 1954, modifican su actitud en las horas que siguen a su suicidio para aparecer como los continuadores de su programa nacionalista. El marxismo se implanta, como sustrato de la cultura política nacionalista, en amplios sectores intelectuales y comanda a partir de ese momento, en una amplia medida, el desciframiento del devenir brasileño. Numerosos antiguos intelectuales integralistas hacen un camino inverso que los conduce, en nombre del nacionalismo, a adherirse al desciframiento

7. La razón de esto se encuentra en la entrada en guerra de Brasil contra los países del Eje.

marxista de la “realidad”.

En estas condiciones, los intelectuales del período 1954-1964 parecen situarse en las antípodas de sus predecesores de 1930. Ya no dudan de que el Pueblo sea ahora el verdadero sujeto político al que convierten incluso en el soporte por excelencia de la Nación. Pueblo y Nación se convierten de hecho en ampliamente sinónimos. Ya no se reclaman de una condición de élite. Se consideran, por el contrario, parte integrante de este Pueblo y no están a la búsqueda de una “organización social” desde lo alto. No hay legitimidad que se pueda constituir por fuera del Pueblo. Ya no se interrogan sobre la fabricación de un orden social. Creen en la inminencia de la revolución y no se definen como “realistas”. Por el contrario, se designan gustosos como “ideólogos”.

La ambivalencia ideológica

Al igual que en 1930, los intelectuales no presentan en 1960 un frente perfectamente unido. La distancia entre los paulistas, vinculados más que nunca al estilo y a las jerarquías de la Universidad de São Paulo y prisioneros de un provincialismo político que les impide asociarse a los grandes debates nacionales; y los cariocas, que se sienten por el contrario en el mismo plano con el poder central, es tan considerable como antes. La cultura marxista y nacionalista triunfa sobre todo en Río de Janeiro. Igualmente hay que evocar sobre todo la intervención de los intelectuales de esta ciudad y, sobre todo, la de los miembros del ISEB (Instituto Superior de Estudios Brasileños), institución conformada en 1955 con el objetivo explícito de formular una “ideología” al uso del poder que lo guíe en la transformación de las estructuras brasileñas.

El advenimiento de la ideología no implica la renuncia a los principios del “realismo”. La ideología es ante todo la expresión de la realidad misma. Además, los intelectuales de 1960 descubren en esta “realidad” las mismas características que los pensadores de 1930, incluso si su evolución apela a otro lenguaje. La unidad nacional está siempre presente; la diferencia es que ya no está sólo en filigrana sino de manera explícita. En el lugar de los vínculos sociales parciales que la manifestaban, figura en este momento el “Pueblo auténtico”; es decir, el Pueblo-Nación. Esto permite afirmar a Álvaro Vieira Pinto, el más destacado de los teóricos del ISEB, que “la verdad sobre la situación nacional [...] sólo puede ser enunciada por la propia masa, porque ésta no existe por fuera de los sentimientos del pueblo” (Vieira, 1960, p. 34).

El evolucionismo sigue sirviendo de garante a la marcha de la Nación hacia la modernidad. Sin embargo, su versión biológica cede su lugar a una versión económica. El nuevo período está marcado por el triunfo del “desarrollismo” (*desenvolvimentismo*) que promueve las “fuerzas productivas” al rango de motor del cambio histórico. Este evolucionismo no es menos finalista que el anterior. No solamente la vulgata marxista impone la representación de las etapas que se suceden necesariamente

en el proceso de la expansión capitalista, hasta el paso al socialismo, sino que confiere a las fuerzas productivas un tipo de conciencia que las metamorfosea en cuasi actores. El historicismo reina sin límites.

Sin embargo, la ideología no se limita a traducir el movimiento de lo real. De la misma manera que el retardo objetivo de Alemania en el siglo XIX es lo que le permite, a los ojos de Marx, estar a la delantera en el pensamiento, el subdesarrollo de Brasil de 1960 es lo que lo autoriza a proyectarse más allá del presente y a hacer prevalecer una racionalidad perfecta. En este sentido, la ideología es la modalidad que reviste la capacidad de obrar, al situarse en el término de la historia en curso. No es casualidad que la noción de “proyecto nacional” se encuentre en ese momento en la base de todos los razonamientos de los economistas o de los sociólogos ya que es un testimonio del dominio de la Nación sobre sí misma.

La ideología traduce así, de manera pura y simple, la creencia de que la “conciencia de la historia puede comandar su desarrollo y sus rupturas. François Furet ha mostrado que la Revolución francesa produce la certidumbre de que “todo es cognoscible y todo es transformable” y, de hecho, hace posible el paso de la “experiencia vivida a la conciencia” (Furet, 1978). En el Brasil de Kubitschek la “ilusión política” es aún más acentuada ya que la conciencia precede a la ruptura y por ello se presenta como condición suficiente. Esto provoca una competencia sin límite en la producción ideológica que se convierte en un constante reforzamiento de sus conceptos. La conciencia de la conciencia es la que garantiza finalmente su “autenticidad”. La ideología de la ideología es la que asegura su eficacia.

Sin embargo, esta reorientación es ampliamente ilusoria. Bajo apariencias opuestas se inscribe, en lo esencial, en la misma matriz de pensamiento que las doctrinas de 1930. Las mismas ambivalencias con respecto a la “realidad” siguen presentes. La celebración de la ideología no va más allá de ser una forma de seguir otorgando confianza a la omnipotencia de las ideas -y de los intelectuales- para ordenar lo social. El nacionalismo siempre se acomoda mal con respecto a lo que pueda amenazar la unidad: las divisiones sociales y políticas al igual que los mecanismos de representación asociados a la democracia parlamentaria.

La figura del Pueblo-Nación ya no logra ocultar la duda sobre la madurez del pueblo concreto. La mayor parte de los intelectuales conceden que este sigue en atraso con respecto a la “conciencia auténtica”. Algunos intentan, con éxito, salvaguardar su dignidad al hacer de esta inconciencia una virtud, porque no prohíbe sentimientos que “engañen o corrompan” (Vieira Pinto, 1960). Pero otros no dudan en admitir que el pueblo sólo puede aspirar a una conciencia “alienada”. Como en 1930, el término “masas” resurge para indicar la carencia que impide a los sectores populares obrar como clase y para restaurar, muchas veces también, subrepticamente, el sentimiento de una división que poco tiene

que ver con las clases; es decir, la que separa siempre a las élites de la multitud.

El círculo se cierra entonces. De nuevo, esta constatación implica que el pueblo sólo puede convertirse en sujeto de la nación bajo la influencia de agentes exteriores que se encargan de “concientizarlo”. Es claro que estos agentes son ante todo los intelectuales que recapitalizan así, en su provecho, todo el investimento imaginario que hicieron sobre el Pueblo.

Los intelectuales y la política

Sea como fuere, la democracia parlamentaria sobrevive hasta 1964. No se puede afirmar que la mayoría de los intelectuales manifiesten mucho apego con respecto a ella y apenas si ponen más empeño que antes en pensarla.

La concepción del Pueblo-Nación remite por sí misma a la visión de una unidad real. Que atribuya al Pueblo el poder de encarnar la Nación o que lo impute a las vanguardias ilustradas esta concepción rechaza las distorsiones inherentes al parlamentarismo. La democracia plena y completa sólo puede consistir en otra representación de la sociedad o, mientras tanto, en un proceso de fusión entre portadores de la conciencia explícita y portadores de la conciencia implícita. El menosprecio con respecto a la democracia liberal es tan poderoso como en 1930.

La ambivalencia con respecto a lo político sigue siendo, por su parte, igualmente perceptible. Más que nunca, nada hay que no tenga relación con lo político. ¿Qué es la ideología sino la manifestación más política de lo político? En el mismo momento, sin embargo, el evolucionismo económico priva a lo político de toda sustancia. El “desarrollismo” supone que la lógica immanente de lo real favorece en cada momento la organización política que conviene y es la fuente de toda legitimación.

Muchos de estos intelectuales prefieren inclinarse hacia la sociedad. Durante los años 1960 estudiantes y artistas de izquierda van hacia el pueblo: experiencia perturbadora del faz a faz con los “hombres simples [...], los anónimos, los que trabajan con las manos”⁸. Sin embargo, este populismo intelectual no pone fin de manera alguna a la fascinación con respecto al Estado. Los teóricos del ISEB no se contentan con suministrar al Estado los instrumentos ideológicos que le son necesarios, sino que hablan desde el lugar mismo del poder. La juventud revolucionaria y el Partido Comunista consideran, al ir al encuentro con las masas, que están preparando la revolución por “lo bajo” pero saben bien, y lo dicen, que la “revolución” sólo puede ser desencadenada desde el Estado. Incluso durante el gobierno Goulart no hacen el esfuerzo por suprimir la legislación corporativista: la influencia que ejercen en el Estado les permite esperar para tomar el control de los sindicatos sirviéndose de esta regulación. La ideología del Pueblo-Nación demuestra que no es más que una simple variante de la exaltación del Estado.

8. Según un artículo del sociólogo paulista Octavio Ianni, publicado en 1965.

Más allá de todas sus diferencias, los esquemas autoritarios de 1930 y los esquemas revolucionarios de 1960 dejan translucir continuidades fundamentales, que pueden explicarse, parcialmente, por el recorrido en sentido contrario efectuado por algunos intelectuales de izquierda; pero también puede analizarse a partir del inmenso espacio entre el Estado y la sociedad que permite a los intelectuales establecerse en el medio, como intérpretes de la sociedad frente al Estado o del Estado frente a la sociedad. Remiten probablemente también a la preservación de una jerarquía social que no se puede reducir a oposiciones de clases; y se arraigan en una matriz de pensamiento más profunda según la cual la unidad nacional no es el resultado de un acto político ni de una tradición, sino el producto del movimiento escondido de lo real y de la capacidad de los hombres de acceder a su control racional. Esta matriz de pensamiento se caracteriza en el fondo por el hecho de que la política se inscribe allí continuamente bajo el signo de la ciencia.

La revaluación de la idea democrática después de 1974

Muchos intelectuales del campo nacionalista, entre ellos los comunistas, en primer lugar, esperaban que los militares progresistas fueran a inclinar la situación en su favor. El golpe de Estado de 1964, provocado por los antigetulistas y decidido a poner fin al populismo reformista, los toma por sorpresa. La sorpresa es aún más desagradable ya que las “masas populares” protestan poco y las clases medias aplauden masivamente. En las universidades la derecha y los liberales toman revancha y son los primeros en exigir una depuración. A pesar de todo, los intelectuales nacionalistas están convencidos de que un régimen militar que proclame la solidaridad con Estados Unidos y abra Brasil a los capitales extranjeros no puede ser más que un intermediario provisional.

De 1964 a 1968 permanecen de hecho fieles a sus concepciones de lo político. El ISBF y muchas otras instituciones son cerradas. Sin embargo, el cine, el teatro, revistas como *Civilização Brasileira* siguen difundiendo los antiguos esquemas. Ya no es posible, sin duda, soñar con inculcarlos al “pueblo”. Los estudiantes forman el público y el mundo intelectual se cierra sobre sí mismo. Sin embargo, economistas como Celso Furtado y algunos sociólogos multiplican los argumentos para demostrar que la política del régimen está abocada al impasse, orientada, según ellos, a resucitar un Brasil “pastoral” que, al dejar que se implanten las empresas multinacionales, no puede más que traducirse en estancamiento y, por consiguiente, en fracaso.

De allí que, a partir de 1968, aparezca una nueva sorpresa frente al giro de los acontecimientos. Por una especie de golpe de Estado en el golpe de Estado, los sectores más duros de las fuerzas armadas dan muestras de que no están dispuestos de manera alguna a ceder el poder. De 1968 a 1974 la represión más brutal se abate sobre la oposición, las universidades son puestas bajo vigilancia, numerosos intelectuales pierden su empleo y

deben exiliarse. A partir de 1974, bajo la presidencia del general Geisel, la “*détente*” y posteriormente la “apertura” son puestas a la orden del día. Pero si una cierta normalidad se impone a partir de 1977 y se adopta una ley de amnistía, el régimen militar se mantiene hasta 1985 y deja flotar hasta el fin la incertidumbre sobre sus intenciones. La sorpresiva retoma del crecimiento en 1968, que beneficia sobre todo a la industria, invalida por lo demás todos los pronósticos. Aunque el “milagro económico”, que dura hasta 1975, se acompaña de una acentuación de las desigualdades sociales, permite al régimen conservar el apoyo de amplias fracciones de las clases medias.

La conversión democrática

Desde 1964, los intelectuales nacionalistas emprenden la lucha contra el régimen en nombre de las “libertades” y siguen haciéndolo, tanto como pueden, de 1968 a 1974. Esto no significa que se adhieran a la “democracia formal”, ni que logren escapar a la ambivalencia con respecto a lo político.

Los años 1968-1974 se caracterizan por la difusión de dos paradigmas: el de la “dependencia” y el de la “lógica de la acumulación capitalista”. El primero implica una puesta en cuestión de la “vulgata marxista”. Fernando Henrique Cardoso, quien es su teórico más notable, utiliza la noción de dependencia para rechazar el evolucionismo marxista y la concepción del imperialismo como un simple factor exterior y subraya el rol de las variables internas en la expansión de un capitalismo que no sigue la “vía clásica”. El segundo, uno de sus mejores intérpretes, el economista Francisco de Oliveira, no toma menos distancia con respecto a los esquemas del Partido Comunista: en un país de desarrollo tardío la “acumulación capitalista” pasa por la conservación de las formas dualistas y engendra marginalidades que son funcionales a sus avances.

Estos paradigmas, que van a difundirse entre el público universitario y dar nacimiento a una especie de discurso anónimo, tienen en común que sólo otorgan un lugar reducido a la dimensión política y, más aún, no se traducen en propuestas prácticas. Tanto el uno como el otro parecen demostrar a las claras la imposibilidad de la democracia en el seno de la sociedad brasileña. Por lo demás, sociólogos y economistas, insisten en sostener que el autoritarismo es simplemente la expresión del desarrollo dependiente.

La revalorización de la dimensión política que se produce a partir de 1974 y, poco después, la rehabilitación de los procedimientos democráticos, no son el resultado de un súbito cambio de los espíritus, sino que están asociados sobre todo a la transformación de la posición social de los intelectuales, a la necesidad de adoptar estrategias “incrementalistas” y al descubrimiento de una nueva “sociedad civil” capaz de engendrar sus propios modos de organización.

Diversos elementos concurren a modificar la posición social de

los intelectuales. Para hacer frente al régimen se ven obligados a poner en el primer plano sus competencias especializadas. El tema de la “profesionalización” y de la “experticia” se vuelve central. La pertenencia a instituciones de investigación constituye la condición para tomar parte en el debate político. Como las universidades están un poco debilitadas, otras instituciones toman el relevo. El Cebrap, fundado en 1969 por Fernando Henrique Cardoso y que acoge muchos profesores prestigiosos de la Universidad de São Paulo, juega un rol central para poner las ciencias sociales al servicio de la reflexión sobre los cambios sociopolíticos. La SBPC (Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia), que no era hasta ese momento más que una sociedad científica se convierte, a partir de 1975, en un foro en el que universitarios e investigadores discuten todos los aspectos de la situación nacional. El crecimiento extremadamente rápido de los efectivos estudiantiles atenúa el peso de las antiguas jerarquías en el seno del universo intelectual y ofrece una caja de resonancia a las ideas presentadas por los “profesionales”. De allí resulta que el “pensador” o el “ideólogo”, que se caracterizaba por su capacidad para proponer a la sociedad grandes mitos unificadores, ha sido sustituido por intelectuales inmersos en la sociedad y que se reclaman de saberes limitados.

Este mundo intelectual adquiere, en muchos aspectos, los rasgos de una verdadera sociedad política. La referencia a la “profesionalización” no impide que diversas corrientes políticas se constituyan y se expresen. Sus figuras más visibles, como Fernando Henrique Cardoso, no disocian las ciencias sociales de las tomas de posición política. Esta sociedad conoce, sobre todo, las mismas formas de gestión que la sociedad brasileña de antes de 1964: la “conciliación” y la “negociación” permiten evitar su disolución. Cardoso es uno de los líderes que, gracias a su autoridad y a sus arbitrajes, tienen éxito en hacer prevalecer la cohesión interna y preparan por esta vía a los intelectuales para intervenir como actores de la política brasileña a partir de la apertura.

Las elecciones de 1974 marcan una etapa hacia esta participación. Los excelentes resultados obtenidos por el partido de oposición, el MDB, conducen a muchos intelectuales a descubrir que las elecciones pueden constituir la ocasión para mostrar la impopularidad del régimen. En un momento en el que las clases populares aún no se pueden manifestar, esto conduce a privilegiar la vía electoral y la adhesión al MDB. Todos aspectos nuevos. En los años 1960, muchos intelectuales no otorgaban más que una significación modesta a las elecciones y, con excepción de las minorías afiliadas al Partido Comunista o a pequeños partidos de izquierda, se mantenían al margen de los partidos. En 1970, aún eran numerosos los que preconizaban la abstención. Pero ahora consideran que las elecciones pueden debilitar la dictadura y ellos pueden entrar en un partido heterogéneo, con un programa que no se oriente hacia las grandes mutaciones sociales sino al retorno de la democracia.

Al hacer esto reconocen también que sólo estrategias con ambiciones

restringidas y adaptadas a las circunstancias pueden ser puestas en práctica frente a un régimen que hace de la incertidumbre un recurso esencial de su poder. Los que se inscriben en el MDB avalan este “posibilismo”. Su efecto se hace sentir hasta en los estilos de los análisis teóricos. Las conceptualizaciones “estructurales” ceden el paso a las conceptualizaciones “coyunturales” y sus actores no dudan en recurrir a nociones artesanales. Esta evolución no es menos importante que otras. En diversos ensayos sobre Brasil, A. O. Hirschman ha descrito como las interpretaciones “estructurales” repercutían sobre la vida política, porque cada dificultad parcial parecía apelar a una reorientación de conjunto (1971, p. 303). La toma en cuenta de la incertidumbre y la maleabilidad teórica pueden significar también, en ciertos momentos, una manera de orientarse hacia la democracia.

Un nuevo paso se da a finales de los años 1970, cuando los intelectuales perciben que la “sociedad civil” se moviliza y escapa al dominio del Estado. Movimientos y comunidades de base, huelgas del Estado de São Paulo, reivindicaciones campesinas, son situaciones que hacen caducas las antiguas consideraciones sobre las relaciones entre el pueblo y la Nación y se convierten en provocaciones para repensar igualmente la complementariedad entre la democracia y el imaginario igualitarista.

Las ambigüedades frente a la democracia

El restablecimiento del régimen civil en 1985, preludio a la instalación de la democracia, deja traslucir sin embargo la fragilidad del frente formado por los intelectuales contra la dictadura. La democracia revela de improviso la diferenciación que se había operado entre ellos. Algunos se consideran “en vía de proletarización”, otros siguen perteneciendo de hecho a las élites sociales.

La democracia saca a la luz igualmente la diversidad de sus orientaciones. Algunos retoman tranquilamente el camino del Estado, asociándose a la tecnocracia. Otros se ponen del lado de los movimientos de base. La mayoría se reencuentra, en las universidades o en otros lugares, abocada a una rutina que parece aislada de la política.

La democracia devela finalmente y, sobre todo, las significaciones opuestas que los intelectuales dan a la institución democrática en sí misma. Bajo la cobertura del “comunitarismo” vuelve a la superficie una lectura religiosa de lo político, que desconfía de los mecanismos de delegación. Bajo la referencia a la “autonomía popular” se perfila algunas veces la sombra del antiguo populismo intelectual, que no renuncia a la unidad del pueblo. Bajo los “vanguardismos” se esboza la tentación de volver a la fusión de las clases “revolucionarias” y la Nación.

Todo parece como si un elemento de la antigua matriz de pensamiento aún estuviera ampliamente presente: mantener, en nombre del rechazo de todas las distorsiones introducidas por los procedimientos formales

de la representación política, la utopía de una fusión entre lo social y lo político, por “debajo” o, eventualmente, “por arriba”.

Referencias

- Buarque de Holanda, S. (1936). *Raízes do Brasil*. Editora José Olympio.
- da Cunha, E. (1902). *Os Sertões*. Laemmert & C. Editores.
- de Carvalho, J. (1980). *A construção da ordem: a elite imperial*. Editora Campus.
- del Picchia, M., Salgado, P., Élis, A., Cassiano, R. e Cândido Mota, F. (1929, 17 de mayo). Nhegaçu Verde-Amarelo (Manifesto do Verde-Amarelismo ou da Escola da Anta). *Jornal Correio Paulistano*.
- Freyre, G. (1952). *Maîtres et Esclaves*. Gallimard.
- Furet, F. (1978). *Penser la Révolution Française*. Gallimard, 1978. Fine
- Hirschman, O. (1971). *A bias for hope*. Yale University Press.
- Lamuiniér, B. (1977). Formação de um pensamento político autoritário na primeira República: uma interpretação. Em B. Fausto (ed.), *O Brasil repúblicano*, tome 2 (pp. 334-374). Difel.
- Vieira Pinto, A. (1960). *Ideologia e desenvolvimento* (4.ª edição). Ministério da Educação e Cultura, Instituto Superior de Estudos Brasileiros. <https://www.marxists.org/portugues/pinto/1956/mes/40.pdf>